

# Históricas Digital



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

José Rubén Romero Galván

“Fernando de Alva Ixtlilxóchitl”

p. 351-366

*Historiografía mexicana. Volumen I. Historiografía novohispana de tradición indígena*

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo

(coordinación general)

José Rubén Romero Galván

(coordinación del volumen I)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2003

366 p.

ISBN 968-36-4991-2 (obra completa)

ISBN 970-32-0853-3 (volumen I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317\\_01/historiografia.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_01/historiografia.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## FERNANDO DE ALVA IXTLILXÓCHITL

JOSÉ RUBÉN ROMERO GALVÁN\*

Durante los primeros años del virreinato, la corona había otorgado privilegios económicos —mercedes reales de diferentes tipos— y políticos —puestos de mando en diferentes niveles— tanto a los conquistadores y, posteriormente, a sus descendientes, como a los miembros de la nobleza indígena. Dichos privilegios constituían siempre, a fin de cuentas, cesiones de derechos reales que el soberano efectuaba para premiar ya la bravura de soldados y capitanes, ya la solidaridad de los indios nobles durante la guerra de conquista, además de ser, en el caso de este último grupo, un medio a través del cual se les reconocía de algún modo el ser descendientes de señores.

Las prebendas otorgadas a los grupos españoles permitieron a sus miembros situarse en un lugar preeminente en la sociedad. Durante aquellos años, los conquistadores, así como sus familias, gozaron de un mundo que de manera alguna habían siquiera imaginado cuando vivían en la península. Las fiestas, los banquetes, los saraos, que significaban gran dispendio, constituían la cotidianidad de esos hombres y hacían de su vida un tránsito por esta tierra ciertamente regalado.

Por lo que respecta a la nobleza indígena, este período correspondió, hasta cierto punto, a la supervivencia de no pocos de sus antiguos privilegios. Constituida en autoridad intermedia entre el nuevo grupo dominante y el pueblo indígena, esta nobleza preservó algo de su poder de antaño; habiéndoseles reconocido el derecho a poseer tierras y a beneficiarse del trabajo de los macehuales, muchos miembros de este grupo pudieron continuar viviendo con una holgura que en algo recordaba a la que, en otros tiempos, les había correspondido como individuos situados en la cúspide de la pirámide social.

El otorgamiento de tales privilegios hizo nacer muy pronto en los individuos de estos grupos sociales la conciencia de que en justicia les correspondían los derechos para disfrutar de los reales reconocimientos, ya en premio a antiguas hazañas, ya como aceptación de una noble estirpe casi desaparecida, según el caso.

\* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

Sin embargo, estas cesiones de derechos reales comenzaron a plantear serias contradicciones con la política absolutista que Felipe II implantó a partir de su ascensión al trono. Así, muy pronto, mercedes y privilegios comenzaron a sufrir algunos cambios que tendían a ajustarlos a las nuevas políticas de la corona, en detrimento de los intereses de aquéllos que hasta entonces se habían beneficiado de ellos. Un gran número de documentos, guardados en archivos, dan cuenta de la manera como conquistadores y nobles indígenas protestaron ante el rey y su Consejo de Indias por la reducción paulatina de aquellos privilegios que les habían permitido, durante algunos años, situarse en la cúpula de la naciente sociedad colonial.

Otras protestas, a veces un tanto veladas, a veces muy manifiestas, se encuentran en obras historiográficas escritas por descendientes de conquistadores y nobles indígenas. Allí dan cuenta de hechos que, desde su particular punto de vista, justificaban plenamente la vigencia de los derechos que poco a poco se les dejaban de reconocer.

Fue durante las últimas décadas del siglo XVI y las primeras del XVII que la corona puso en marcha tales políticas absolutistas. Correspondió también a esta época la aparición de los primeros indicios de la búsqueda de una nueva identidad por parte, sobre todo, de los descendientes de los conquistadores. Esta empresa debe pensarse como profundamente vinculada con la crisis que provocaron en estos hombres las políticas regias.

En efecto, los hijos y nietos de los conquistadores habían vivido un proceso a través del cual, paulatinamente, habían dejado de sentirse identificados con la España peninsular, para vincularse íntimamente con la Nueva España, con las Indias, como ellos le llamaban. No se trataba ya de españoles vecindados en estas tierras, sino, como ellos mismos se pensaban, de españoles de estas tierras.<sup>1</sup> Este cambio se nota bien en la manera que encontraron para expresar su realidad hombres como Baltasar Dorantes de Carranza quien se refería a los criollos como él llamándoles hijos y naturales de las Indias.<sup>2</sup> Bajo esta identidad que se perfilaba, subyacían las seguridades de pertenecer a estas tierras, porque en ellas habían visto la primera luz, y de ser poseedores, por derecho, de las mismas, pues sus padres y abuelos las

<sup>1</sup> *Apud*, Edmundo O'Gorman, *Meditaciones sobre el criollismo*, México, Centro de Estudios de Historia de México Condumex, 1970, 46 p.; p. 21.

<sup>2</sup> Baltazar Dorantes de Carranza, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España, con noticia individual de los descendientes legítimos de los conquistadores y primeros pobladores españoles*, paleografía de J.M. Agreda y Sánchez, prólogo de Luis González Obregón y advertencia de J. F. Ramírez, México, Imprenta del Museo Nacional, 1902, 494 p.; p. 113-114.

habían ganado no sólo con sus esfuerzos guerreros, sino con la inversión de cuanto poseían.

Por su lado, los nobles indígenas, descendientes de aquellos que en otros tiempos habían enseñoreado estas regiones, no buscaban una identidad, pues la poseían, y bien fundamentada, en un pasado que algunos de ellos narraban en sus historias. Esa identidad, por otro lado, se reforzaba a través de un sinnúmero de discriminaciones con que, en todos órdenes, tanto la corona como los españoles, peninsulares y criollos residentes en Nueva España, marcaron sus distancias con respecto de los indígenas, aunque estos fueran nobles y los consideraran objeto de algún reconocimiento. Estas distancias, no está de más recordarlo, continuamente parecían disolverse dando paso al proceso de mestizaje racial que paulatinamente forjaba ya las características de la sociedad novohispana.

Los nobles indígenas buscaban el acceso a un sitio dentro de la sociedad colonial que correspondiera a aquél tan elevado que habían ocupado sus ancestros. Se trataba, pues, no sólo de justificar la permanencia de los privilegios que hasta entonces les habían sido otorgados, y que ya en esos momentos comenzaban a ver disminuidos, sino también de probar derechos para la obtención de otras prebendas que los acercaran más a la situación tan preponderante que, antes de la conquista habían ocupado sus antepasados y que les significaran no sólo un lugar más bondadoso en el sistema político novohispano, sino, sobre todo, la posibilidad de asegurarse una vida colmada de bienes materiales que los alejaran definitivamente de la penosa situación de los macehuales, a quienes en otro tiempo habían dominado, y a la que se acercaban, ya por esas épocas, a pasos agigantados.

Tocó a Fernando de Alva Ixtlilxóchitl vivir en la época que someramente hemos descrito. En efecto, todo parece apuntar que fue en 1578 cuando nació Alva Ixtlilxóchitl.<sup>3</sup> Descendía en quinta generación de Nezahualpilli, tlahtoani de Tetzaco, cuyo hijo, Fernando Ixtlilxóchitl Cortés casó con Beatriz Papantzin —noble de la casa de Tenochtitlan, no se sabe si hija o viuda de Cuiclahuac, uno de los últimos señores de México. La hija de este matrimonio, Ana Cortés Ixtlilxóchitl, bisabuela de Fernando de Alva, heredó de su marido, Francisco Verdugo Quetzalmazatzin-Huetzin, el cacicazgo de San Juan Teotihuacan que, según el fallo de la Real Audiencia de México, quedaba convertido en mayorazgo. De esta unión nació Francisca Cristina Verdugo

<sup>3</sup> Todos los datos con los que se reconstruye esta biografía están tomados de “Efemérides históricas y biográficas”, en Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2 v., edición de Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1977.

Ixtlilxóchitl que contrajo nupcias con Juan Grande, español, del que se sabe fue intérprete de la Real Audiencia; de ambos, abuelos maternos de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, nació la mestiza Ana Cortés Ixtlilxóchitl quien a su vez casó con otro español, Juan Navas Pérez de Peraleda. Segundo fruto de la unión de esta mestiza con este español fue el castizo Fernando de Alva Ixtlilxóchitl.

No ha llegado hasta nosotros dato alguno sobre la formación de Alva Ixtlilxóchitl. Lo que de ella puede decirse resulta de sus obras y por supuesto se trata de meras conjeturas. Dada su condición de castizo pudo muy bien haber asistido a alguna de las instituciones educativas cuyas puertas estaban abiertas para los hijos de los españoles. Allí debió adquirir una formación humanística que le permitió no sólo escribir sus obras históricas, en las que ya se muestra poseedor de una cultura europea, sino incluso acceder a la realización de piezas poéticas, incursión de la que existe al menos un ejemplo, el romance en el que narra la muerte del rey don Sancho en Zamora.<sup>4</sup> Esta formación europea debió complementarse con otra de raíces indígenas; así lo demuestra su conocimiento de la lengua náhuatl, que le permitió ser intérprete en el Juzgado de Indios alrededor de 1640, además de traducir al español los cantares de Nezahualcōyotl, que según se dice escuchó de los indígenas de un repartimiento.

Los tiempos novohispanos en los que transcurrió la existencia de Ixtlilxóchitl se caracterizaron por una vida intelectual ciertamente activa. Pasados los primeros años después de la conquista, la realidad colonial en el centro de la Nueva España ofreció un ambiente tranquilo y adecuado para producciones creativas variadas, cuya base era la reflexión. Pintores, escultores, poetas y cronistas, entre otros, comenzaron a figurar en ese ambiente, dejando para la posteridad sus obras. De aquellos hombres que, en esa época, dedicaron su tiempo a narrar el pasado, podemos mencionar a Chimalpain y a Tezozómoc; a Sahagún, a Durán y a Torquemada; a Bernal Díaz del Castillo y a los poetas-historiadores del llamado ciclo cortesiano —Terrazas, Saavedra, etcétera— así como a los historiadores criollos Baltazar de Obregón y Dorantes de Carranza, entre otros. Todos ellos y otros más coincidieron en algún momento de su vida con el paso de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl por este mundo. A algunos habrá conocido personalmente, de otros habrá oído hablar y de unos más leería sus obras. Lo cierto es que al compartir con ellos tanto el siglo como el interés por el pasado, conformó con todos un universo historiográfico que fue el propio de la Nueva España de entonces.

<sup>4</sup> Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, v. II, p. 272-273.

La formación de que fue objeto, tanto como la posición de su familia y sus capacidades para beneficiarse de tales condiciones, permitieron, sin duda, a Fernando de Alva Ixtlilxóchitl acceder a puestos nada despreciables en la administración colonial. Así, el 7 de diciembre de 1612 recibió del virrey, por el período de un año, el cargo de juez gobernador de Tetzco; cuatro años después, el 14 de diciembre de 1616, fue nombrado para ocupar un puesto similar en Tlalmanalco, en el que duró hasta 1618, para pasar en algún momento del año siguiente a desempeñarse también como juez gobernador en la provincia de Chalco, cargo que todo parece indicar seguía ocupando en 1622.

Otro aspecto no menos importante de la vida de Alva Ixtlilxóchitl es aquél que tiene que ver con su actuación en los litigios por los que trató de asegurar para su madre la sucesión del cacicazgo de Teotihuacan que había pertenecido a su bisabuelo y que años más tarde fue heredado por su bisabuela, Ana Cortés Ixtlilxóchitl. Este cacicazgo fue conservado por la familia y recibido finalmente en sucesión por Francisco de Navas, hermano mayor de Fernando de Alva.

En octubre de 1650 Fernando de Alva Ixtlilxóchitl dejó este mundo; en artículo de muerte hizo una memoria testamentaria ante escribano donde reconocía a sus hijos Juan, Ana y Diego Alva Cortés. Fue sepultado el 26 de ese mes de octubre en la capilla de la Preciosa Sangre en la parroquia de Santa Catarina Mártir de la ciudad de México.

Han llegado hasta nosotros cinco obras suyas, todas ellas concierne al pasado prehispánico, sobre todo del antiguo señorío de Tetzco, escritas al parecer durante el primer cuarto del siglo XVII.<sup>5</sup>

I. La *Sumaria relación de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España y de muchas cosas que los toltecas alcanzaron y supieron desde la creación del mundo, hasta su destrucción y venida de los terceros pobladores chichimecas hasta la venida de los españoles, sacada de una original historia de esta Nueva España*, está compuesta de dos partes. La primera contiene cinco relaciones y una declaración respecto de los indígenas y principales que aportaron elementos al autor para su elaboración, así como de algunas fuentes de origen español que también utilizó. La segunda está organizada en trece relaciones referentes a la historia chichimeca y contiene además un apéndice compuesto por siete piezas sueltas que seguramente fueron encontradas adjuntas al original.

<sup>5</sup> El elenco de las obras de Ixtlilxóchitl que aquí presentamos, sigue puntualmente el orden establecido por Edmundo O'Gorman. Asimismo, muchos de los comentarios aquí asentados provienen de dicho trabajo. El lector interesado en el estudio pormenorizado de los trabajos de Ixtlilxóchitl no puede pasar por alto los materiales y los comentarios que O'Gorman reunió en su edición ya citada de las obras de este autor.

La *Sumaria relación...* constituye un amplio bosquejo de la historia prehispánica que parte de lo más general —la leyenda de los soles que concierne al devenir de todos los hombres pues ahí se explica su creación— para llegar finalmente a lo particular, la historia tetzcocana, especialmente a Nezahualcóyotl, una de las figuras más relevantes de la historia de ese señorío en la obra de Ixtlilxóchitl. Este recorrido histórico pasa por la explicación del origen de los indios, la narración de la historia de los toltecas, así como aquélla de los chichimecas, pueblos ambos en los que Ixtlilxóchitl encuentra los puntos de partida del devenir del señorío de sus mayores.

Pensamos con O’Gorman que la primera parte fue concebida y escrita como un trabajo independiente, que concluía con la declaración respecto de las principales fuentes de información de que el autor dispuso, y que por razones desconocidas se vio precisado a continuarla con lo que constituye una segunda parte.

Ciertamente, como O’Gorman lo percibió y lo señala, esta *Sumaria relación...* no es una obra enteramente personal de Ixtlilxóchitl en el sentido de que en ella están ausentes tanto la crítica cuidadosa de que hizo objeto a sus materiales en el resto de sus trabajos, como la esmerada elaboración personal con la que tejió en sus demás obras la información de que dispuso. En esta *Sumaria relación...* se echa de menos una idea rectora congruente, que dote de sentido al relato que contiene, en el que, dicho sea de paso, están presentes hechos portentosos que sorprenden al lector. Edmundo O’Gorman piensa, y acertadamente, que se trata de una obra de juventud en la que la madurez del autor no ha alcanzado a dar frutos.

Esta obra lleva el título que al parecer le dio el mismo Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Formó parte de la colección de Sigüenza, a la que entró, posiblemente, a través de Juan de Alva, el primogénito del historiador. Boturini sacó una copia directamente de original y la incluyó en su Museo Indiano, dentro de cuyo catálogo aparece citada en el número 1 del capítulo 4°. El original había estado fuera del alcance de los estudiosos por largo tiempo. Apareció no hace mucho en los acervos de la Sociedad Bíblica de Londres, junto con los originales de las demás obras de este autor. He realizado una revisión de los microfilmes de estos materiales y los resultados no han sido aceptables, pues al parecer los originales ya no presentan una escritura clara, de tal suerte que en el microfilme apenas son legibles algunas palabras. Por lo pronto, sólo podemos decir que seguimos conociendo esta obra a través de diversas copias, todas ellas provenientes de la que realizó Boturini y que actualmente se encuentra en la colección Ayer de la Biblioteca Newberry de Chicago.

Precisamente de esa copia Veytia realizó un traslado que conserva la Biblioteca Nacional de París en su Fondo de Manuscritos Mexicanos. De dicho traslado salieron otros, entre los que se cuentan aquellos que fueron incluidos en los varios ejemplares de la Colección de Memorias de Nueva España que se reunieron en época del virrey Revillagigedo, de los cuales se conserva uno en el Archivo General de la Nación y dos incompletos en la Real Academia de la Historia de Madrid.

II. *Relación suscita en forma de memorial de las historias de Nueva España y sus señoríos hasta el ingreso de los españoles*, tal es el título con que se conoce otra de las obras históricas de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. El tenor de este título, así como el hecho de que la copia que de ella sacó Boturini no porte ninguno, permite suponer que no es el título con el que el autor nombró a esta historia.

Compuesta por doce relaciones, esta obra resume el contenido de la *Sumaria relación...*; el relato que contiene se articula en torno a la sucesión de los señores de Tula y Tetzoco, siendo el último de los repertoriados Nezahualpilli, señor del segundo de estos señoríos. Termina incluyendo tres piezas en la primera trata las sucesiones de los señoríos de México; de otros señoríos de diversas partes de la Nueva España en la segunda, y en la tercera la que corresponde a Xochimilco. Al final hay una dedicatoria a alguno de los virreyes. Este último texto, cabe decirlo, da un sentido peculiar a la obra pues pide al destinatario “se acuerde de los pobres descendientes de estos señores cuando se ofrezca ocasión que vuestra excelencia escriba a su majestad”,<sup>6</sup> haciendo del texto una verdadera exposición de méritos señoriales.

El original de esta obra, que igual que los otros se encuentra en la Sociedad Bíblica de Londres, formó también parte de la colección de Sigüenza y Góngora. De allí Boturini sacó una copia que sumó al Museo Indiano y a la que le dio el número 2 del capítulo IV del catálogo correspondiente. También en este caso la copia de Boturini fue el origen de otros traslados que han llegado hasta nosotros.

Veytia realizó una copia que paró finalmente en el Fondo de Manuscritos Mexicanos de la Biblioteca Nacional de París. También de la copia de Boturini sacó la suya Diego Panes, misma que se conserva en el Archivo Histórico del Instituto Nacional de Antropología e Historia. De la realizada por Veytia se hicieron los traslados para los diferentes ejemplares de la Colección de Memorias de Nueva España, uno de los cuales se conserva, como quedó dicho, en el Archivo General de la Nación y dos en la Real Academia de la Historia de Madrid.

<sup>6</sup> Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, v. I, p. 413.

La *Relación suscinata...*, tanto por su contenido como por la dedicatoria que la acompaña, constituye un buen ejemplo de esas obras a través de las cuales sus autores trataban de poner en evidencia ante las autoridades coloniales, el rey incluido, la situación por la que atravesaban y que distaba mucho de ser aquella de la que en otro tiempo, sus antepasados, nobles gobernantes cuyas historias se relatan, habían disfrutado. La historia de los antiguos señores narra las glorias de ese pasado, la dedicatoria da cuenta de las miserias del presente.

III. Con el título *Compendio histórico del reino de Tetzco*, Lorenzo Boturini repertorió en el número 5 del capítulo IV del Catálogo de su Museo Indiano la tercera de las obras de Ixtlilxóchitl. El original nunca estuvo bajo los ojos de Boturini, quien sabemos conoció y copió un traslado realizado por Sigüenza y posiblemente conservado en su colección. Es por ello que difícilmente podríamos afirmar que el título con el que tal obra ha llegado hasta nosotros sea aquél con el que la bautizó su autor. Cabría pensar que su actual denominación es obra de Sigüenza.

La copia de Boturini se perdió no sin antes ser objeto de un cuidadoso traslado por parte de Veytia; en él reprodujo tanto las anotaciones que en su momento había hecho Sigüenza al realizar su copia, como aquellas con las que Boturini había comentado el texto al sacar su propio ejemplar. De la copia de Veytia fueron hechas las copias que se integraron a los ejemplares de las *Memorias de Nueva España*.

Se sabe que el original de esta obra fue presentado por su autor, en noviembre de 1608, ante los ayuntamientos indígenas de Otumba y San Salvador Quetlacinco para obtener de estos la certificación del contenido de este *Compendio* y hacer de él una prueba susceptible de ser presentada en los alegatos que el autor realizaba para que se le concedieran mercedes y se le reconocieran privilegios.

El *Compendio* está formado por trece relaciones. Las doce primeras tratan de la historia prehispánica desde los primeros pobladores hasta las épocas en que Tetzco fue gobernado sucesivamente por Nezahualcóyotl y por Nezahualpilli. La decimotercera relación, más extensa que las otras, refiere la conquista española hasta el viaje de Cortés a las Hibueras y la ejecución de Cuauhtémoc. Resultan claros los intereses que movieron al autor a escribir esta obra cuando relata con detenimiento los episodios de una conquista en la que su antepasado Fernando Cortés Ixtlilxóchitl aparece como un aliado de los conquistadores. Es por esta vía que el cronista pretende dejar claramente sentados los méritos de su antepasado y por ende los derechos de su familia.

IV. *Sumaria relación de la Historia General de esta Nueva España desde el origen del mundo hasta la era de ahora, colegida y sacada de las historias, pinturas y caracteres de los naturales de ella, y de cantos antiguos con que la observaron*, es el título que lleva la cuarta de las obras de Ixtlilxóchitl. Se sabe que Sigüenza poseyó una copia y que de ella sacó un traslado Boturini, mismo que ostentaba ya este largo título. O’Gorman piensa que es posible que así la haya llamado el mismo Ixtlilxóchitl. Se tienen noticias también de una copia realizada por Veytia, aunque no se la conoce. Asimismo, es bien sabido que esta obra también fue objeto de un traslado que se incluyó en las *Memorias de Nueva España*.

La *Sumaria relación de la Historia...* esta precedida de un texto en el cual el autor la dedica a un prelado, al cual se refiere con el trato de “Ilustrísimo señor”, que habría sido, a juzgar por algunas frases, muy cercano a la familia de Ixtlilxóchitl. O’Gorman considera, y no sin bases, que el personaje en cuestión fue el arzobispo Pérez de la Serna, quien a raíz de las serias dificultades en que se vio envuelto con el virrey marqués de Gelves, se refugió, en 1624, en San Juan Teotihuacan, sede del cacicazgo de la familia de Fernando de Alva. Pérez de la Serna dejó definitivamente la Nueva España en 1625 cuando partió hacia la península para hacerse cargo del obispado de Zamora. Cabe pues la posibilidad de que entre las fechas en que estuvo en San Juan Teotihuacan y su salida para España, Ixtlilxóchitl le haya entregado el original de esta obra.

Esta obra está constituida por un relato sin división alguna. Trata de la historia antigua de México, desde los tiempos originales de los soles cósmicos hasta la época en que Nezahualcóyotl gobernó Tetzaco, a la cual se agregó alguna información respecto de Nezahualpilli y sus descendientes, entre los que se cuenta, de manera muy señalada a Fernando Cortés Ixtlilxochitzin, también señor de Tetzaco y que, según cuenta esta historia, ayudó a los conquistadores y fue el primero en bautizarse.

V. La quinta obra de Ixtlilxóchitl que ha llegado hasta nosotros, la *Historia de la nación chichimeca, su población y establecimiento en el país de Anáhuac conocido hoy por el reino de Nueva España. Principio y progresos del poderoso Imperio Tezcucano y sucesión de sus monarcas, hasta su destrucción por el ingreso de los españoles que le conquistaron. Escrita por don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, descendiente de los mismos emperadores de Tezcucó y uno de los primeros alumnos del Colegio de Santa Cruz de esta ciudad de México, que mereció singular aplauso por su gran literatura y erudición, muy bien instruido en la historia anti-*

gua de este reino, por la perfecta inteligencia que tenía de sus jeroglíficos y mapas históricos, fue copiada y así llamada por Veytia, de cuyo traslado se sacó el de las Memorias de Nueva España, donde aparece con este título. Boturini, que da cuenta de ella en el número cuatro del capítulo cuarto del Catálogo de su Museo Indiano, la llama simplemente *Historia general de la Nueva España*. O'Gorman, quien discute este asunto,<sup>7</sup> opta por el título *Historia de la nación Chichimeca*, forma abreviada del título que le dio Veytia, a fin de evitar confusiones. Los poseedores de esta obra fueron sucesivamente Sigüenza, Boturini, quien, como se dijo, lo copió, y Veytia, que hizo lo propio.

Esta *Historia*, compuesta de noventa y cinco capítulos, el último de los cuales se corta abruptamente, narra el pasado prehispánico desde los orígenes hasta el sitio de Tenochtitlan durante la conquista. O'Gorman piensa que el relato debió continuar hasta el regreso de Cortés de las Hibueras, apoyado en un pasaje de la obra de fray Agustín de Vetancourt en el que, citando a Ixtlilxóchitl, alude al número de trabajadores que participaron en la reconstrucción de la ciudad de México; este texto de Ixtlilxóchitl habría formado parte del hipotético faltante.<sup>8</sup>

La *Historia de la nación Chichimeca* es una apología del pasado de Tetzcoaco en la que Nezahualcóyotl viene a ser figura de señalada importancia y ello a tal grado que es en esta obra donde el cronista se muestra como creador, en buena parte, de la imagen que hasta nosotros ha llegado del famoso tlahtoani tetzcocano.

Las obras de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl son el resultado de la reunión de materiales muy diversos. Es indudable que la posición que ocupó el autor en la sociedad de su tiempo fue factor relevante para su acceso a las fuentes de las que extrajo la información, base de las obras que compuso.

Para elaborar sus trabajos Ixtlilxóchitl usó datos que provenían de antiguos códices pictográficos. Tratándose de un autor que pretendía reivindicar su origen indígena, difícilmente habría evitado el beneficiarse de tales documentos.

Repetidas veces, a lo largo de sus obras, el autor tetzcocano alude a la consulta que realizó de "pinturas", "pinturas originales" e "historias" que por el contexto en el que a ellas se refiere se deduce eran también antiguos documentos que contenían pictogramas. De entre todos estos códices hay uno en particular que merece especial mención. Se trata de aquél al que el autor denomina regularmente "historia original", de cuyo contenido no sólo se valió extensamente, sino

<sup>7</sup> O'Gorman, en Ixtlilxóchitl, *ibidem*, p. 214-215.

<sup>8</sup> O'Gorman en Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, v. I, p. 217.

que parece ser le sirvió de hilo conductor en las narraciones que componen algunas de sus obras. De este documento, no obstante la riqueza de contenido que debió caracterizarlo, nada sabemos; aventurar cualquier idea en torno a su identificación sería poco serio.

Al uso de estos códices debe agregarse un gran número de consultas que hizo en obras escritas por indígenas originarios de diversos señorios del Valle de México. Cabe mencionar muy particularmente a Alonso Axayaca, hijo de Cuitlahuac, quien logró reunir, según el propio Ixtlilxóchitl,<sup>9</sup> una importante colección de documentos originales, algunos sin duda códices pictográficos, misma que dejó a su hija doña Bartola, señora de Iztapalapa. De lo contenido en esa colección don Alonso Axayaca sacó al parecer muy rica información con la que compuso una obra que Ixtlilxóchitl tuvo en su poder y que consultó ampliamente.

No pocas veces el autor tetzcocano hace mención de testimonios orales, obtenidos de ancianos indígenas principales. Es indudable que estos relatos, conservados en la memoria por estos nobles, significaron para Ixtlilxóchitl la ocasión de trabar contacto con narraciones caracterizadas por la gran frescura que suelen tener los recuerdos de los ancianos.

De la formación europea del autor queda constancia en algunas citas de autores clásicos, Platón o Jenofonte, por ejemplo, a las que se agregan otras, mayores en número, que aluden a testimonios de autores como Francisco López de Gómara o Antonio de Herrera.

A estos cronistas debemos agregar señaladamente a fray Juan de Torquemada, autor de la *Monarquía Indiana*, obra que, según se desprende del texto de la *Historia Chichimeca*, Ixtlilxóchitl conoció y admiró. Sin embargo, más allá de la positiva opinión que el franciscano mereció en los escritos del cronista tetzcocano, está el hecho de que en algunos pasajes de las obras de ambos se observan semejanzas extraordinarias. O'Gorman piensa que tales semejanzas se deben a la utilización de las mismas fuentes.<sup>10</sup> Por lo que se refiere, en particular, a la desconcertante similitud que existe entre el texto de la "Segunda relación" de la *Relación suscinta* y los primeros párrafos del capítulo 14 del libro I de la *Monarquía Indiana*, O'Gorman supone que hubo copia y que dado que el texto de Ixtlilxóchitl es el más antiguo, es por fuerza el original.<sup>11</sup> León Portilla, por su lado, sostiene que más que una copia, la similitud de los textos sugiere un trabajo en común y de ello da

<sup>9</sup> Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, v. I, p. 286.

<sup>10</sup> O'Gorman en Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, v. I, p.84.

<sup>11</sup> *Ibidem*.

razones que no es posible soslayar.<sup>12</sup> Quedan pues abiertas estas posibilidades de explicación.

Lo que el propio Ixtlilxóchitl pudo observar no está ausente de sus obras. Es el caso de la alusión a antiguas ciudades prehispánicas, como Teotihuacan o Tula, ya en ruinas por ese entonces, y que a juzgar por lo que respecto de ellas dice el autor, fueron visitadas por él.

Estas breves notas acerca de los materiales que el autor usó para elaborar sus obras dan cuenta de la riqueza de tales testimonios. En ellos convergen dos grandes corrientes culturales, aquellas que se anudaron en la Nueva España y que dotaron de profundo sentido a la realidad colonial, a saber, la indígena y la europea. Ciertamente, en ese sentido Ixtlilxóchitl es un hombre que comparte dos realidades culturales.

Es incuestionable que las obras de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl fueron respuesta a las circunstancias en las cuales el autor se encontraba inmerso. Tales circunstancias fueron tanto personales como propiamente históricas, mismas que correspondían a un momento determinado en el devenir del grupo social al que perteneció, que sería imposible explicar si no es profundamente implicado con los complejos procesos económicos, políticos y sociales de la Nueva España.

En lo que atañe a sus circunstancias personales, debemos aludir a los problemas en los que su familia se veía envuelta relacionados con la sucesión del cacicazgo de Teotihuacan. Se sabe, por ejemplo, que vecinos de esa zona consideraban a los miembros de la familia del autor como españoles,<sup>13</sup> cosa que dificultaba en alguna medida que la posesión de dicho cacicazgo les fuera reconocida. Esta situación pudo muy bien ser una de las razones que condujeron al autor tanto a escribir sus historias —a lo largo de las cuales la reivindicación del pasado de un grupo, vinculado con él personalmente, está siempre de algún modo presente—, como a cambiar su apellido de Peraleda a Ixtlilxóchitl, del mismo modo que lo hicieron sus hermanos.

En cuanto a las circunstancias históricas, el panorama se torna en extremo complejo. Adujimos ya que la época en que vivió Ixtlilxóchitl se caracterizó por una serie de reajustes sociales. La nobleza indígena vivía una severa crisis en la que veía cada vez más diezmados sus intereses; los hijos y los nietos de los conquistadores y primeros pobladores eran conscientes de que la situación que vivían distaba mucho de ser aquella que deseaban y por la que sus antepasados habían luchado; los peninsulares que recién llegaban, así como los criollos de

<sup>12</sup> León-Portilla, "Fuentes de la *Monarquía Indiana*", en fray Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, v. VII, p. 100-102.

<sup>13</sup> "Apéndice documental", Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, v. II, p. 355, 357-362.

nuevo cuño, unas veces amasaban grandes fortunas, otras accedían a puestos importantes en la administración colonial, y en su mayoría formaban parte de los grupos privilegiados de la sociedad novohispana, lo cual no pocas veces despertaba sentimientos de animadversión entre los viejos criollos, descendientes directos de los conquistadores y los primeros pobladores.

La obra de Ixtlilxóchitl se produce en medio de esta compleja situación y es por su contenido, ya lo hemos dicho, una reivindicación de las posiciones de su familia en el seno de un grupo social. Cabe preguntarse cuál era ese grupo al que pertenecían este autor y su familia y si ese grupo es el mismo en el que trataba de reivindicar una posición. Por su origen, en el que por tres generaciones el *pater familia* fue un español, lo que dotaba a Ixtlilxóchitl y a sus hermanos del carácter de castizo, estaríamos tentados a proponer que su pertenencia era, por cercanía, al grupo español criollo. Sin embargo, insistimos, el hecho de cambiar el apellido español por uno indígena, así como la naturaleza del contenido de sus obras nos obligan a ir más allá de la mera filiación racial para considerar la pertenencia por opción a un grupo que, hay que reconocerlo, atravesaba en esa época por una crisis muy severa de la que no logró salir.

Es cierto que entre los elementos que habían producido dicha crisis se encontraba el hecho de que las autoridades coloniales, poco a poco, desde hacía tiempo venían permitiendo que individuos ajenos a la nobleza indígena —macehuales, e incluso miembros de otros grupos raciales distintos del indígena, esto es mestizos y afro-mestizos— accedieran a los cargos de gobierno en la República de Indios que hasta entonces la corona había reservado sólo para los nobles indígenas.

Este es el escenario en el que un castizo cambia su apellido español por uno indígena, que correspondía al nombre náhuatl que había llevado uno de sus ancestros indios. En estas circunstancias ese mismo castizo se allega un buen número de testimonios sobre el pasado prehispánico de la región de la cual provenía su familia indígena y escribe una serie de obras en las cuales reivindica ese pasado. Llama la atención que ese mismo castizo, que no indígena, haya accedido al cargo de juez gobernador en diversos pueblos indígenas del Valle, cargos que, recordémoslo, habían sido hasta hace poco reservados sólo a los indígenas nobles.

El panorama es complejo, dijimos al principio. No atinaríamos a alegar en contra de la buena fe del autor al cambiar su apellido o al escribir sus obras, solamente que las circunstancias nos llevan a, de algún modo, expresar nuestras sospechas según las cuales este personaje pudo haber realizado sus obras, e incluso haber cambiado su ape-

llido, con el fin de reivindicar una posición económica y socialmente acomodada, posición a la que accedió pues recuperó para su familia el cacicazgo de Teotihuacan y logró para él algunos cargos en pueblos de indios de los que gozó por buen número de años.

Existe, sin embargo otro nivel de aproximación a la obra de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Este concierne al sentido de ciertos pasajes de su obra en los que el autor se muestra como un extraordinario ejemplo del hombre novohispano que comparte dos culturas. Alguien de quien O'Gorman dijo

No se trata, sin embargo, de un Adán que como el otro tan famoso hubiera sido creado todo entero y hecho de una buena vez y para siempre, sino de la progresiva resultante de un secular y complejo proceso de inventiva histórica impulsado por la necesidad vital de albergar en el corazón dos lealtades en principio opuestas, la de cómo pertenecer en cuerpo y alma a España la vieja sin dejar de ser en alma y cuerpo hijo de la Nueva España: dramática ambivalencia de dos orgullos sólo reconciliable en el seno de una visión del acaecer universal que incluyera, pero con signo positivo, la historia precristiana del Nuevo Mundo.<sup>14</sup>

Para Ixtlilxóchitl, pues, la historia transcurrida antes de la llegada de los españoles, no obstante darse alejada de la fe cristiana, única en cuanto a posibilidades de salvación eterna se refiere, debía presentar, de algún modo, elementos que permitieran pensarla como parte de la historia universal, de aquel devenir cuyo origen había sido la creación, cuyo momento culminante había era la redención y cuyo fin sería un segundo advenimiento de Cristo con el que concluiría su transcurrir. En efecto, Ixtlilxóchitl encontró en el devenir prehispánico de su región de origen elementos que de algún modo vinculaban su historia con el devenir cristiano y universal. De ellos sólo aludiremos a dos. Se trata, por una parte, de un atisbo que respecto de la existencia del Dios verdadero habría tenido Nezahualcóyotl y, por otra, de un pasaje de la vida de este personaje que guarda gran similitud con una narración referida en la Biblia.

A través de diversos pasajes de su obra, Ixtlilxóchitl va construyendo la imagen de Nezahualcóyotl, tlahtoani de Tetzaco. Tal imagen es la de un soberano cuya vida transcurre en los límites de la leyenda y la realidad. Huérfano por el cobarde asesinato de su padre, el tlahtoani Ixtlilxóchitl, obligado a poner a salvo su vida haciendo uso de mil tretas y ardidés, Nezahualcóyotl recupera finalmente el señorío de Tetzaco, mismo que gobierna con gran prudencia y con sabiduría

<sup>14</sup> Edmundo O'Gorman en Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Nezahualcóyotl Acolmiztli. 1402-1472*, selección de textos y prólogo de ....., México, Gobierno del Estado de México, 1972, 160 p.; p.13-14.

reconocidas por hombres de todos los rincones del Valle de México. Durante su gobierno, Tetzco, fundado hacía varias generaciones por bárbaros chichimecas, se convierte en la ciudad más culta de toda la región. Artistas plásticos —pintores, orfebres, plumajeros— conviven allí con sabios y poetas; el mismo tlahtoani tiene fama de ser un excelente poeta que ha sabido dar cuenta de la sapiencia que lo caracteriza en los cantos que ha compuesto.

La sabiduría de Nezahualcóyotl es la condición sobre la que se finca el atisbo, ciertamente extraordinario, al que en seguida nos referiremos. En circunstancias penosas y desesperadas, habiéndole recomendado los nobles de su reino que realizara sacrificios a los dioses, Nezahualcóyotl lo admitió y realizados tales sacrificios tomó conciencia de su nula eficacia. Y fue así que siendo

de tan poco efecto estos sacrificios, víctimas y servicios que hizo a los falsos dioses, como piedras y palos mudos que no tenían poder ninguno, que no tan solamente no alcanzó lo que les pedía, sino que aun iban sus cosas de mal en peor, y así echó de ver que su opinión no era falsa, y que aquellos ídolos eran algunos demonios enemigos de la vida humana, pues no se hartaban de que les sacrificasen tanta suma de hombres...<sup>15</sup>

Después de tal toma de conciencia, según la *Historia de la nación chichimeca*, Nezahualcóyotl se apartó a ayunar en un bosque durante cuarenta días —la cifra puede resultar significativa—, a lo largo de los cuales rindió culto a un Dios hasta entonces desconocido, invisible y creador de todo cuanto existía. El fino espíritu del tlahtoani compuso una serie de cantos con los cuales, al honrar a este Dios que recién acababa de descubrir, daba cuenta de su existencia.

Ixtlilxóchitl nos ofrece en Nezahualcóyotl la imagen de un personaje que, inmerso en una realidad de gentiles, dados a la adoración de deidades falsas, descubre la existencia del Dios verdadero, el de los cristianos que aún no llegaban a estas tierras. Percepción significativa, pues no sólo prepara, en el contexto de la historia prehispánica que narra el autor, la llegada de los hombres portadores de la verdadera fe, sino, y es posiblemente lo más importante, tiende un vínculo de validez incuestionable entre las dos realidades —la indígena y la europea—, pues he aquí que el verdadero Dios se muestra al entendimiento humano en ambos lados de mar. Con ello el indígena encuentra su sitio en una circunstancia distinta, acaso de menos desventaja en materia de fe ante el hombre del viejo continente, quien con su llegada, en definitiva, le aportaría la luz del Evangelio.

<sup>15</sup> Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, cap. XLV.

Los vínculos que acercan, en la obra de Ixtlilxóchitl, al México antiguo con la Europa cristiana no se limitan al conocimiento del verdadero Dios al que accedió Nezahualcóyotl. Existe en la vida de este personaje un episodio que dramáticamente lo acerca a la historia sagrada contenida en la Biblia. Se trata de un pasaje que guarda una asombrosa similitud con un acontecimiento del Antiguo Testamento, del cual fue protagonista el rey David. Este gobernante, enfermo de amor por la esposa de Urías el hitita, uno de sus cercanos generales, decide mandarlo a la guerra ordenando que se le dé sitio en la vanguardia del ejército, con la seguridad de que moriría en el campo de batalla como en efecto ocurrió.<sup>16</sup> En Tetzco, Nezahualcóyotl se enamora de la esposa de Cuacuauhtzin a quien envía a la guerra con la esperanza de que muera. Cuando eso acontece toma como esposa a la joven viuda con quien tuvo descendencia. A este pecado correspondió un castigo que hizo que el tlahtoani se arrepintiera. La similitud de ambos pasajes acerca de forma incuestionable al Israel de la época de David, que esperaba al Redentor, con el Tetzco de Nezahualcóyotl, el de los tiempos anteriores a la conquista y a la llegada de la verdadera fe. Ambos pasajes se desarrollan en circunstancias precristianas, de espera del advenimiento de un Redentor.

Ambos pasajes establecen un vínculo entre las dos realidades que tiempo después entrarían en un violento contacto, una de cuyas consecuencias vendría a ser el anuncio del Evangelio en estas tierras y con él la posibilidad de salvación para los indígenas.

Es posible, finalmente, considerar la obra de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl como el resultado de una compleja empresa que, basada en una investigación que incluyó materiales de diverso orden, obedeció tanto a intereses personales como de grupo. Tales intereses sólo pueden explicarse teniendo en cuenta el complejo devenir colonial, en el que grupos de diferente origen luchaban entre sí y acudían constantemente al poder real para pedir justicia y todo ello para conservar la situación en la sociedad novohispana que consideraban les correspondía.

La obra de este cronista se inscribe también en el ámbito de las búsquedas de los fundamentos de un ser que sin dejar sus peculiaridades pueda parangonarse con el ser del hombre del viejo mundo, en cuanto a la certeza de pertenecer a la misma filiación cuyo origen es la creación del género humano, que tiene derecho a gozar los frutos obtenidos en el calvario y que está en situación de esperar el fin de los tiempos con la seguridad de poder ser llamado al paraíso.

<sup>16</sup> Esta historia es narrada en Samuel II, 11.